B. Martín Sánchez

LOS MALES DEL MUNDO

SUS CAUSAS Y SUS REMEDIOS

(2ª Edición)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44.
41003 SEVILLA

CON LICENCIA ECLESIASTICA
Depósito Legal: B-18854/96
ISBN: 84-7770-303-5
Imprime: APSSA – C/. Roca Umbert, 26
08907 L'HOSPITALET (Barcelona)

PRESENTACION

La finalidad de este pequeño libro es hacer ver a todos, que los promotores de los crímenes y desórdenes sociales no son otros que los siete pecados capitales, que vienen a ser raíces de todos los demás vicios o pecados existentes.

«Nuestra principal batalla ha de ser contra ellos; porque quien los vence perfectamente, vence al dragón de las siete cabezas del Apocalipsis, o sea, a Satanás, que es el que hace guerra a los santos» (La Puente).

Pondré de manifiesto cuáles son estos siete vicios o pecados capitales, raíces y causas de terrorismo existente y de todos los males sociales, y luego hablaré del remedio que está a nuestro alcance para combatirlos, y comprenderemos que para librarnos de ellos no tenemos otro camino que el estudio y práctica de las enseñanzas de la religión cristiana, compendiadas en el Decálogo.

Espero que este libro sea útil para hacer reflexionar a todos los que van por el camino del vicio y del pecado, y también a los que se esfuerzan por vivir en gracia, para que examinando y conociendo mejor las raíces de sus pecados, sepan combatirlos y perseverar en la senda que los conduce a la felicidad temporal y eterna. Esta es la que se puede conseguir mediante la oración y el estudio o enseñanza y práctica de la religión.

Zamora, 30 noviembre 1985.

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ

Primera parte

LOS PECADOS CAPITALES, RAICES DE TODOS LOS MALES

Causas de todos los desórdenes sociales

Los siete vicios capitales, que tanto degradan al hombre y a la sociedad en que vivimos, son las temibles armas del príncipe de las tinieblas y con ellas tiene revuelto al mundo. Estos vicios son la causa del «terrorismo» y de todos los desórdenes sociales. Aquellos que los combaten son los verdaderos constructores de la paz y sembradores del bien.

Los culpables de los vicios y pecados, que trastornan el bienestar social son siempre dignos de castigo. Algunos no lo quieren reconocer.

Un joven dijo en cierta ocasión: «La palabra "castigo" no debiera existir en el diccionario», y se le contestó acertadamente: "No debiera existir, pero tampoco deberían existir en él ni fuera de él estas otras: «Traición», «egoismo», «desobediencia», «robo», «rebelión», «orgullo», «lujuría», «pecado»... ¡Estas sí que son palabras feas! Si existen éstas, ¿no tendrá que existir forzosamente la otra?

El reino de Dios está bajo el signo de la bienaventuranza» y, sin embargo, la Biblia habla de castigos divinos. ¿Qué es lo que nos rebelan todos estos castigos: diluvio, dispersión, guerra, muerte, infierno, sufrimientos, calamidades? Nos revelan

que el castigo es señal y fruto del pecado y nos revelan a la vez la justicia y santidad de Dios.

El pecado atrae los castigos. Dios no quiere el mal, ni el castigo como castigo; somos nosotros los que por el pecado (abusando de la libertad recibida de Dios), nos hacemos merecedores de tales castigos... y para librarnos de ellos no hay otro camino, como luego diré, que ¡el estudio y la práctica de las enseñanzas de la religión cristiana!

¿Qué veneno o maldad encierran los vicios o pecados capitales? Veámoslo, y una vez conocida la malicia y fealdad que encierran, nuestro deber será apartarnos del camino del vicio y practicar la virtud, porque, según leemos en los Proverbios: «*La virtud engrandece a los pueblos, mientras que el pecado los hace miserables*» (14, 34).

1) El orgullo o soberbia

El orgullo es el jefe de todos los vicios. En el fondo de nuestro ser están las raíces del pecado. La más profunda es el egoismo, el apego exagerado a nuestra persona, el instinto más o menos oculto de considerarnos centros, sino del universo, por lo menos del círculo de personas que nos rodean. Tener orgullo es hacernos superiores a los demás y atribuirnos lo que procede de Dios.

El orgulloso cree no deber a nadie lo que posee, sino a su propio mérito, se vanagloria de tener lo que no tiene, desperdicia a los demás, y desea que todos sepan que tiene mucho. El se cree saber hasta lo que ignora y no quiere recibir con-

sejos, ni lecciones, ni sufrir una prueba venga de superiores o inferiores...; es terco; no quiere instruirse ni ver la verdad... Tales son también los herejes obstinados...

El orgullo, el deseo de sobresalir, da origen a las disputas, a las disenciones, a los odios, a las maledicencias, a las calumnias, a los pleitos, a las guerras, a los cismas y herejías. La humildad, por el contrario, es madre de la paz, de la concordia, de la unión, de la caridad...

Las maneras de hacernos culpables de orgullo, es por apegarnos a nuestras ideas y voluntad, por presunción, por complacencia en nosotros mismos, por jactancia, por autosuficiencia no tomando consejo de nadie, por hipocresía mostrando más piedad y talento que el que se posee...

«Los orgullosos, dice San Agustín, por no haberse querido hacer discípulos de la verdad, han venido a ser maestros del error».

Hemos de detestar la soberbia por ser principio de todos los males, y por ser odiosa a Dios y a los hombres. «*El que se ensalza será humillado, y el que se humilla, será ensalzado*». (Lc. 14, 11).

2) La avaricia

La avaricia es el amor desordenado de las riquezas y de los bienes temporales. Es el apego de los bienes terrenos. «Ser avaro, dice San Agustín, no es sólo amar el dinero, sino perseguir algo con inmoderado ardor. Cualquiera que desee más de lo que necesita, es avaro.»

San Pablo nos dice: «*Los que quieren ser ricos caen en la tentación y en los lazos del demo-*

nio, y en muchos deseos inútiles y perniciosos que precipitan a los hombres en el abismo de la perdición y de la condenación. Porque la avaricia es raíz de todos los males; hace perder la fe y nos arroja en medio de grandes dolores». (1 Tim. 6, 9-10).

La avaricia, como pecado capital, es fuente de muchos pecados, pues de él proceden: la dureza del corazón, la inquietud, el engaño, la traición... La fiebre del dinero es la idolatría de todos los tiempos. En vez de buscar a Dios, se busca uno a sí mismo en las riquezas y en los honores y placeres.

La avaricia es un grave pecado, por cuanto San Pablo dice: «*Ni los avaros poseerán el reino de los cielos*» (1 Cor. 6, 10). El avaro en su locura *amontona tesoros y no sabe para quien* (Sal. 39, 7). «*Dejará sus riquezas a extraños, y no le quedará más que el sepulcro*» (Sal. 49, 11). No te empeñes, dice la Escritura, en hacerte rico y pon coto a tus maquinaciones... «*El que se impone privaciones amontona para otros, y con sus bienes otros se darán buena vida... Nadie más necio que el que para sí mismo es tacaño, y lleva ya en eso su castigo*» (Ecle. 14).

Huyamos de la avaricia porque el Señor maldice a los amadores de las riquezas: «*¡Ay de los ricos...!*». «*Murió el rico avaro y fue sepultado en el infierno*»; pero notemos que el rico Epulón se condenó, no por ser rico, sino por hacer mal uso de las riquezas. No apeguemos nuestro corazón a ellas, y a cuanto hemos de dejar... Sepamos hacer limosnas y obras caritativas, porque ellas nos abrirán las puertas del cielo.

3) La lujuria o impureza

La Escritura Santa nos pide que seamos castos y recomienda la práctica de la abnegación y que pongamos freno a nuestros malos pensamientos y deseos y mortifiquemos nuestros instintos pecaminosos, porque el pecado torpe envilece, degrada y esclaviza, y si se introduce en el alma, oscurece las cosas espirituales, por lo que San Pablo dice: *«el hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu de Dios»* (1 Cor. 2, 14).

Con la lujuria, dice Santo Tomás, el hombre se aleja infinitamente de Dios y lo que tanto aleja, es gravísimo pecado. «La luz de la fe es como la de una vela; en un aire impuro se apaga». Las pasiones traen intranquilidad, oscurecen la verdad y pervierten el juicio religioso. La pérdida de la pureza acarrea la pérdida de la paz, de la fe, de la alegría, de la felicidad y envilece el amor.

El vencimiento de los pecados torpes proporciona salud espiritual al alma y salud corporal, mientras que la caída en ella acarrea la ruina de la salud espiritual y corporal y perturba el sistema nervioso.

Hemos de amar todos la pureza, perque su pérdida trae como consecuencia la ceguera de la mente, la pérdida de la fe, el olvido de Dios y la impenitencia final.

Hay que fortificar la voluntad y apoyarse en la gracia de Dios para vencer las pasiones. (Remito a mi libro: «JOVEN, LEVANTATE», donde digo cómo hay que vencer las pasiones.)

4) La ira

La ira es un apetito desordenado de venganza. La ira es un gran mal..., es una fiera que puede domarse. La ira origina disputas, querellas, injurias, maledicencias, calumnias, juramentos, blasfemias, maldiciones... y despierta la ambición, la envidia, la lujuria, el odio, etc.; lleva sobre todo a la maldad, a la venganza y hasta el homicidio.

Dicen los Proverbios: «*El tardo a la ira es prudente, el pronto a la ira hará muchas locuras*» (14, 29). «*El iracundo promueve contiendas, el que tarde se enoja aplaca rencillas*» (15, 18). «*La respuesta suave quebranta la ira, mas una palabra áspera enciende la cólera*» (15, 1).

No te dejes llevar de la ira. Ten presente esta sentencia árabe: «Antes de hablar da cuatro vueltas a la lengua en la boca». San Alfonso M.ª de Ligorio aconsejaba: «No corrijas con enojo o aspereza; porque el que airado reprende, más daño hace que provecho». Si te sientes injuriado o herido, no repliques en seguida. Antes de contestar cuenta despacio hasta diez, y si puedes espera a contestar hasta el día siguiente o más tiempo, porque entonces estarás más tranquilo y ecuánime para dar la respuesta adecuada.

Preguntaban a Platón con qué señales se conocía al hombre sabio y cuerdo y respondió: «Cuando le vituperan y le desgarran, no se enfada; cuando le alaban no se enorgullece; pero el insensato es el esclavo de la cólera, que no puede dominar sus pasiones».

Es preciso considerar la fealdad de la ira, porque ella hace perder el uso de la razón... Plutarco

invita al hombre enfurecido a que se contemple en un espejo y en su conducta: viendo que su rostro y sus acciones se parecen a los de un frenético, tendrá aversión a la cólera y la evitará. *Las causas de la ira* son: la pérdida de la fe, una mala educación en la juventud, el libertinaje, el orgullo...

5) La gula

Gula es el apetito desordenado de comer y beber. «Hay algunos, dice Séneca, que viven para comer; pero yo como para vivir». Los excesos de la mesa originan el embrutecimiento, la lujuria, enfermedades, riñas, embriaguez...

Contra la gula, está la sobriedad: la templanza, la moderación en el comer y beber, son virtudes que proporcionan salud, sabiduría y santidad.

«*Para la vida son necesarios el agua y el pan, el vestido y la casa para abrigo de la desnudez*» (Ecle. 29, 28). Es lo que dice el apóstol: «*Teniendo vestido y comida, contentémonos*» (1 Tim. 6, 8).

(Sobre la «embriaguez y el mal del juego». Léase mi libro «*Formación del corazón*»).

6) La envidia

Envidia es un pesar del bien ajeno, es el odio por la felicidad de los demás» (S. Agustín). Este es un pecado mezquino y miserable, la más baja y odiosa de todas las pasiones; y de ella nacen el odio, la ira, la venganza... Ejemplos: Caín por envidia llegó a matar a su hermano... Los hermanos de José vendieron a éste... El que denuncia por

envidia o hace injustamente mal a otros con pérdida de bienes, está obligado a repararlo...

Contra envidia, caridad: Esta virtud nos mueve a alegrarnos del bien de nuestros hermanos y que sean felices y afortunados... Hemos de alegrarnos con los que se alegran, y participar de las aflicciones de los tristes, sufriendo con ellos... Evitemos la envidia, una de las enfermedades más crueles...

7) La pereza

Pereza es un caimiento de ánimo en el bien obrar; es como un apetito desordenado de reposo. La ociosidad es madre de todos los vicios, ella produce la afeminación de la carne, engendra el orgullo... El agua que no corre, se corrompe. El perezoso es un ser inútil, ¿para qué sirve su vida? Es la higuera inútil del Evangelio que inútilmente ocupa la tierra... El campo del perezoso está lleno de hortigas y malas hierbas... El perezoso *querría* ser sabio y hasta santo... *querría,* pero «no quiere», no pone los medios...

Contra pereza, diligencia: Dios nos ha dado el tiempo para hacer el bien y ganar el cielo. El tiempo actual es de trabajo. La eternidad será el día de descanso y del premio. El hombre recogerá un día lo que haya sembrado en su juventud...

Lucha contra los defectos. Dice un adagio popular: «El hombre para ser hombre necesita tres partidas: hacer mucho, hablar poco y no alabarse en su vida». Hay que empezar por trabajar, «hacer mucho», aprovechar el tiempo, vencer las pasiones y defectos que viéramos en nosotros.

Hace ya unos doscientos años llegó a Washington un joven de provincia. Tenía una ambición desmedida, y soñaba con llegar a ser un sabio insigne y un gran político. Se llamaba *Benjamín Franklin*. Se lanzó de un salto en el torbellino de la vida. Abría las puertas de los círculos distinguidos. Pero pronto notó que las costumbres provincianas comprometían su porvenir: defectos de pronunciación, falta de elegancia en los gestos, mal gusto en la manera de vestir, vanidad y petulancia, falta de conocimientos...

El joven ambicioso comprendió que debía cambiar para triunfar. Hizo un catálogo de los defectos que había de corregir en sí mismo, y de los hábitos que había de adquirir, de los estudios que debía hacer. Ideó un sistema de inspección, de ejercicios y castigos, y se transformó tanto que llegó a ser sabio y político insigne.

De un modo semejante todo hombre debe examinar cuales son los defectos y vicios que más le acosan, y proponerse un método activo y un gran empeño por luchar contra ellos y para vencer las tendencias de los vicios capitales. En la «Divina Comedia» se lee que a la entrada del Purgatorio (canto 9) el ángel traza con la punta de su espada siete P en la frente de *Dante*, y le ordena que las lave de los siete pecados capitales (P = peccatum)... Todo hombre debe limpiar su alma de toda mancha de pecado, porque, como leemos en el libro de la Sabiduría, es la manera de que en ella reine la verdadera ciencia. Las palabras textuales del Sabio son éstas: «*En el alma maliciosa no entrará la sabiduría, ni morará en cuerpo esclavo del pecado*» (Sab. 1, 4).

Lacras que deben desterrarse de la sociedad

Además de los vicios anteriormente enumerados, que debieran desterrarse para hacer una sociedad más armoniosa en el bien y en la convivencia pacífica, están principalmente, entre otras, las lacras de la blasfemia y del odio...

1) La blasfemia

En el libro «*La formación del corazón*» hablo ya de la blasfemia, pero por su interés en desterrarla quiero repetir algunos conceptos.

La blasfemia es el lenguaje del infierno, que envilece y degrada al que la pronuncia e indica bajeza y falta de cultura y educación. Muy grande es su gravedad, porque el mismo Dios *dictó sentencia* contra el primer blasfemo que se encuentra en la historia de Israel: «*Quien blasfemare el nombre de Yahvé, será castigado con la muerte; toda la asamblea lo apedreará*» (Lev. 24, 16).

La blasfemia es un insulto directo contra la augusta Majestad de Dios, y por lo mismo es un pecado gravísimo. Los blasfemos son unos insensatos, siembran el escándalo. «Los que blasfeman de Jesucristo, que reina en el cielo, no son menos pecadores que los que le crucificaron en la tierra» (S. Agustín).

Muchos blasfeman ya por costumbre; pero deben reflexionar e intentar corregirse, imponiéndose un sacrificio. *Sardá y Salvany* cuenta el caso de un general que tenía el vicio de blasfemar. Cayendo enfermo fue cuidado por una Hermana de

la Caridad. Esta le pidió que en señal de agradecimiento por sus servicios dejase de blasfemar. El general no quiso prometérselo, por temor de no saber cumplir. Entonces la Hermana le pidió que cada vez que soltase una blasfemia le diese una peseta (hoy serían 25) para los pobres. El general lo prometió y cumplió, pues como el blasfemar le iba resultando más caro que todos los gastos de su enfermedad, empezó a dominarse. Llegó el día en que no tuvo que dar una sola peseta a la Hermana, la cual obtuvo entonces de él palabra de honor de que no blasfemaría más.

Dios se identifica con su nombre. Ellos «*santificarán mi Nombre* (Is. 29, 33). Nuestro deber de cristianos es «*glorificar al Padre que está en los cielos*» (Mt. 5, 16) y bendecirle y desagraviarle por los que le ofenden. Cuando oigamos a un blasfemo, hemos de decir: «*Alabado sea Dios*». «*Desde donde sale el sol hasta el ocaso alabado sea el nombre del Señor*» (Sal. 113, 3).

2) El odio

El odio es un crimen, ya que según el apóstol, «*el que aborrece a su hermano es homicida*», no por el acto, sino por la afección y la voluntad. Es homicida de su prójimo en su corazón...

Hay tres clases de homicidas: el homicida por la sangre, el homicida por la maledicencia y la calumnia, y el homicida por el odio. El que alimenta el odio en su corazón es un demonio, un adversario de Dios, que es caridad y amor. El odio considerado como pasión mala es un gran

extravío de la juventud, un desorden profundo, origen de muchos males y pecados.

Todas las pasiones indómitas: ira, envidia, soberbia, avaricia, etc., pueden dar ocasión al odio. Caín dejó penetrar en su corazón el odio contra su hermano Abel y lo mató. El odio excita disputas, pleitos, ocasiones contiendas, efusión de sangre e injusticias... El odio es una espada de dos filos: Queremos matar y nos matamos... Es una gran locura... Es la historia del cruel Amán... No es posible amar a Dios aborreciendo al prójimo (1 Jn. 4, 20.)

Vengarse no es un acto de fuerza, sino de debilidad y de abyección; el que aborrece y se venga, no es victorioso, es vencido por su enemigo.» (S. Amb.), un corazón lleno de odio es vil, dos veces vil: 1.º porque encierra el odio, que es cosa baja y abominable; 2.º porque no quiere hallar allí sitio para dar cabida al perdón... ¡Oh corazón estéril y mezquino...!

El hombre dominado por el odio se imagina que castiga a su enemigo, y se castiga a sí mismo... Ningún vicio ciega y oscurece tanto la razón como el odio y la ira... El odio desune las familias y las arruina muchas veces...

Debemos amar, según nos dice Jesucristo, a todos y aún a nuestros enemigos, si queremos que Dios nos perdone...

Otras lacras de la sociedad moderna

Además de las dichas tenemos: el divorcio, el adulterio, el aborto, los medios de comunicación

social con programas empleados no para instruir, sino para corromper a la juventud... y con los que contribuye el Estado a fomentar los vicios y el crimen...

¿No es un contrasentido querer desterrar los vicios; robos, secuestros, crímenes... y el terrorismo, y por otro lado no hacer porque desaparezcan las causas que los fomentan? Sobre tantos males que reina en la sociedad tendríamos mucho para escribir, pero remito a mis libros: «*El matrimonio*» y «*El aborto o matanza de inocentes*»; mas en general sólo diré: «Todo lo que se opone a la vida, como cualquier clase de homicidio, genocidio, aborto, eutanasia y el mismo suicidio voluntario... todo esto y otras cosas semejantes son infamias y, al mismo tiempo que infeccionan la civilización humana, denigran más a quienes las practican que a quienes padecen la injuria, y son un grave insulto a la honra del Creador.» (GS. 27.)

«El aborto y el infanticidio son crímenes abominables.» (GS. 51.) «Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente.» (Juan Pablo II), pues el aborto directamente procurado es un asesinato de un hombre inocente...

El matrimonio no debe contraerse con fines detestables, echando a Dios de sí y de su mente... ¡Cuántos desechan los hijos a costa de llevar únicamente una vida de comodidad y de placer! ¡Qué pena nos da ir por muchos pueblos y no ver ya niños que corren por sus calles y llevarían la alegría a todos! El egoísmo de muchos padres llevará a éstos a verse solos en su vejez y a contemplar la desolación de su hogar y sus pueblos.

Este es un gran pecado y un gran mal de nuestra época.

A vosotros, padres, os digo: ¿Dónde están los hijos que Dios destinaba a ver la luz del día? ¿No pensáis que es un gran crimen arrojar a la nada seres llamados a la vida eterna...?

El camino del bien y del mal

En nuestro peregrinar por esta vida mortal se nos presentan dos caminos. Jesucristo con suma sencillez y brevedad nos los propone así:

«*La puerta ancha y el camino espacioso son los que conducen a la perdición ¡Oh qué angosta es la puerta y cuán estrecha la senda que conduce a la vida eterna!*» (Mt. 7. 13-14.)

Según estas palabras: la puerta angosta y la senda estrecha conducen al cielo, y, por el contrario, el camino espacioso es el camino del vicio, de la sensualidad, de las pasiones, del crimen y de toda clase de desórdenes.

Por la senda estrecha avanza el corto número de los elegidos, y por el camino ancho anda la gran multitud de los hombres que no piensan en el más allá y muchos no piensan en la vida eterna. Pero ¿qué ha de hacer el hombre creyente que quiera salvarse? Sencillamente, no nadar con la corriente, no andar con la turbamulta de los despreocupados y pecadores; y si ha ido con ellos una parte del camino, cambie de rumbo, pase a la senda estrecha ya que están cercanos los dos caminos. ¡Con qué facilidad se puede pasar del uno al otro! Basta un pecado mortal para pasar

del camino bueno al malo, y bastará una serie de pecados veniales, de torpezas y frivolidades para ponerse en peligro de tropezar.

También es posible, con la gracia de Dios, retractar la voluntad torcida y pasar al camino del bien, y luego perseverar en él, no abandonando la oración. En este camino del bien se nos invita a cumplir la voluntad de Dios manifestada en sus mandamientos y consejos.

Delante de cada hombre Dios ha puesto: la bendición y la maldición, la vida y la muerte. Si queremos bienestar temporal y eterno como ahora demostraré, sigamos el camino de los mandamientos de Dios, que es el de la bendición y la vida, y apartémonos del señalado por el mundo, que es de maldición y de muerte.

Jörgensen que midió toda la mezquindad de su vida incrédula, escribe: «El objetivo de la vida es precisamente éste: colocar el alma ante la disyuntiva de escoger entre esos dos caminos: el camino que va hacia el yo y el mundo, y el camino que va hacia Cristo y Dios. La elección que se haga es una elección para toda la eternidad. El que elija a Dios, encontrará a Dios y después de la muerte intuirá y poseerá eternamente al Eterno. El que se elija a sí mismo se verá abandonado para toda la eternidad a la soledad y vaciedad de su propia alma. No hay injusticia en ello. Dios da a cada cual lo que cada cual ha querido, anhelado y elegido.»

¿Cómo podrán todos comprender mejor el camino de la dicha y de la felicidad y vivir apartados del camino del error y de las tinieblas?

Véase la respuesta en la parte siguiente.

Segunda parte

¿COMO COMBATIR LOS DESORDENES SOCIALES?

El Código perenne del progreso

Hay un código perenne del progreso; fuera de él no hay más que barbarie, aunque esté oculta con todos los esplendores de la más refinada cultura. Este código es el Decálogo cristiano (Vázquez de Mella).

Los hombres que lo quebrantan en cada uno de sus mandamientos, son desobedientes a Dios y a la autoridad, son ladrones, impuros, criminales... terroristas.

Para combatir el terrorismo y todos los desórdenes existentes hay que luchar contra los vicios y pecados que conducen a fomentarlos, y, ciertamente, no habría terrorismo, ni criminales, ni ladrones, si todos cumpliesen el Decálogo, y los que se oponen a la enseñanza de la Religión cristiana son los que contribuyen a la existencia de todos los desórdenes y a que se mine el fundamento de la sociedad. Preguntémonos:

«El Decálogo ¿puede ser todavía un tema importante, vital, para la Humanidad?, es decir, ¿tiene aún actualidad? ¿No es cosa del todo anticuada?

— *«No mentir»*, manda el Decálogo. Y muchos preguntan: ¿Es posible hoy vivir sin mentira? ¿Se puede abrir un camino en la vida sin recurrir a estratagemas? ¿Podemos avanzar en

día sin echar mano a la astucia? ¿Cómo gobernar un país sin cierta hipocresía?

— *«No hurtar»*, grita el Decálogo. Pero... ¿es dado vivir hoy sin sobornos? ¿Llevar una vida de lujo conservando las manos limpias? ¿Hacer negocios sin engañar...?

— *«No fornicar»*, impera el Decálogo. ¡Ay!, pero ¿quién puede pasar castamente toda la juventud? ¿Vivir puro hasta el matrimonio? ¿Guardar fidelidad en éste? ¡No, no!, exclaman muchos; éstas no dejan de ser leyes de hace siglos, anticuadas, inservibles. No pueden obligar al hombre moderno.

Así escribía un día Mons. Tihamér Tóth, al hablar de los Mandamientos, pero no nos equivoquemos. Estas leyes son antiguas, tan antiguas como el hombre, pero no anticuadas. Son de suma actualidad, pues son la palabra de Dios eterna, siempre actual.

A todos interesa conocer bien estas leyes divinas, pues, si se conocieran y se practicasen, el mundo sería un paraíso, no se necesitarían ejércitos ni guardia civil ni fuerza alguna pública para que hubiese orden y paz.

No matarás... No robarás...

Los terroristas, los criminales, ladrones y secuestradores de nuestros días no piensan en estos mandamientos, no quieren oír la voz de Dios, que les dice: *No matarás...*

Todos tenemos derecho a la vida. La vida es un don de Dios. Él, por tanto, es su autor, y por

eso Él ha dado este mandamiento: «No matarás». Nosotros, pues, no somos más que administradores de la vida que Dios nos ha dado.

«El Concilio (Vaticano II) incluye el respeto al hombre, de forma que cada uno, sin excepción de nadie, debe considerar a su prójimo como *otro yo*, cuidando en primer lugar de su vida y de los medios necesarios para vivirla dignamente... Cuanto atenta contra la vida —homicidios de cualquier clase—, están en contradicción con la honra del Creador» (GS. 27.)

«Toda vida humana debe ser absolutamente respetada» (Pablo VI.)

La narración del primer homicidio: muerte de Abel, llevada a cabo por Caín (Gén. 4), nos hace comprender que el odio, la envidia y la guerra se remontan a los primeros tiempos de la humanidad. Estas son las consecuencias o frutos directos del pecado. La rebelión del hombre contra el hombre es consecuencia de la rebelión del hombre contra Dios.

El homicidio es un gran crimen. Al acabar Caín de matar a su hermano Abel, Dios le dijo: *«Caín, ¿qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano está clamando a Mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito serás de la tierra, que abrió su boca para recibir de mano tuya la sangre de tu hermano.»* (Gén. 4, 10-11).

Contra los terroristas, Caínes de nuestros días, se levanta también la voz de Dios (la que tienen que oír constantemente en su conciencia): *¿Qué habéis hecho? Esa sangre derramada está clamando a Mí...*

Los terroristas quieren hacerse sordos a esta

voz y no piensan que en justo castigo irán cayendo más tarde, porque escrito está: «el que a hierro mata, a hierro morirá», y comparecerán ante el tribunal de Dios para ser juzgados por El.

También la ley de Dios dice: «No robarás», «no codiciarás los bienes ajenos...» «Todos los hombres tienen estricto derecho a poseer una parte suficiente de bienes para sí y para sus familiares», y por lo mismo a serles respetados. (GS. 69). El robo es un gran pecado, como nos dice el apóstol, pues *«ni los ladrones..., ni los que viven de rapiña, han de poseer el reino de Dios»* (1 Cor. 6, 10).

¿Quién no ve que los crímenes y desórdenes de la sociedad provienen de no cumplir los mandamientos de Dios?

La enseñanza de la Religión

El mal actual de España y de todos los desórdenes existentes en el mundo: crímenes, robos y secuestros, no tienen otro origen que la falta de enseñanza y práctica de la Religión cristiana.

Son muchos los ejemplos que comprueban este hecho. Citemos algunos:

1.º *El del rey Federico II de Prusia* (1740-1746). Este hombre, muy avanzado, amigo de Voltaire y despreocupado de toda idea religiosa, notó en los últimos años de su reinado que a medida que iba creciendo la irreligiosidad tomaban preponderancia los crímenes. Entonces declaró públicamente: «He obrado respecto a la religión con demasiada ligereza. Con gusto renunciaría a

la mejor ganada de mis batallas si con eso podía despertar en mi país nuevamente el amor a la religión». Entonces dijo a su ministro de Cultos: «Restaure usted la religión en el país».

El ateísmo conduce al vicio y al crimen. Por eso, los gobiernos que quieren borrar la religión en el pueblo son enemigos del Estado.

2.° *El de Robespierre, abogando por la creencia en Dios.* El 7 de noviembre de 1793, en tiempo de la revolución francesa, fue prohibido el culto católico. Desde aquel punto, nadie tuvo segura su propiedad ni su vida.

Robespierre, el caudillo de la Revolución, reconoció que aquello no podía continuar más, y declaró: «Si no hubiese Dios, sería menester inventarlo». Entonces cerró la Convención (1794) y declaró públicamente: «Que verdaderamente existe Dios y que el alma del hombre es inmortal». Al mismo tiempo, permitió nuevamente el culto católico.

Sin religión, los hombres se truecan en animales feroces. Por eso, los mismos legisladores enemigos de la religión procuran que sus súbditos sean religiosos.

Se impone el estudio de la verdadera religión en todos los colegios, porque cuando se vive sin religión y sin temor de Dios, continuará la violencia, los secuestros, el terrorismo, los crímenes y toda clase de males en una nación.

3.° *Otro ejemplo sobre la necesidad de la religión. El párroco de Voirón* invitó a una mujer a que le enviara su hijo a fin de prepararlo para la Primera Comunión. Ella contestó: «Mi hijo no necesita enseñanza religiosa ni Primera Comu-

nión; los robles en el bosque crecen estupendamente y no necesitan religión».

«Pobre mujer —replicó el párroco—, y los becerros en el establo tampoco sienten necesidad de religión». Pasaron veinte años y el hijo de aquella mujer se encontraba ante el tribunal y fue condenado a muerte. Había ahorcado a su propia madre, porque ésta ya no quería darle más dinero para beber.

4.º *Napoleón I*, que había visto de cerca al hombre sin religión, decía: «A ese hombre no se le gobierna, se le ametralla. ¡Ah! ¡Vosotros queréis que ese hombre salga de mis colegios...! No, no; para formar al hombre yo pondré a Dios conmigo». En otra ocasión dijo: «Sin religión, los hombres se degollarían por cualquier insignificancia».

El filósofo Platón dijo: «Aquel que destruye la religión, destruye los fundamentos de toda sociedad humana, porque sin religión no hay sociedad posible.

Maquiavelo dijo con razón: «La adhesión a la religión es la garantía más segura de la grandeza de un Estado; el desprecio de la religión es la causa más cierta de su decadencia». «La vieja sociedad pereció, porque Dios había sido expulsado de ella; la nueva está sufriendo, porque Dios no ha entrado todavía en ella.»

Los hombres de nuestros días están olvidando que Dios debe ser la piedra angular del edificio, y en este olvido está la fuente del mal que aqueja a nuestra sociedad Ni cambios políticos ni revoluciones conseguirán nada. «No hay más que un remedio: restablecer *sobre los derechos de los*

hombres, los *derechos de Dios;* reconocer de una vez para siempre, que si el hombre es el rey de la creación, no es su creador. A este precio únicamente se puede conseguir la salvación. Privado de Dios, el edificio social no puede permanecer mucho tiempo en pie.»

Devolved, pues la religión a la sociedad, vosotros a quienes están confiados sus destinos, si queréis que viva. En vez de tratar *a la religión como* enemiga, saber que ella es vuestro *auxiliar indispensable,* y que *el primer deber de los gobernantes* quienes quiera que ellos sean, es el de profesar, proteger y defender la religión (Hillaire).

Sin Dios, la sociedad es imposible, pues sin Él no se conciben virtudes sociales, ni justicia, ni caridad, ni espíritu de sacrificio, ni patriotismo. Todas las sociedades desde el origen del mundo hasta ahora, han reposado sobre tres verdades fundamentales: *la existencia de Dios, la del alma y la de la vida futura.* Removed estas tres bases morales, y arrojaréis las sociedades al abismo de las revoluciones y las condenaréis a muerte.

¿Quiénes niegan la necesidad de la religión?

Los ejemplos anteriormente citados nos hablan de la necesidad de la religión, sin embargo no faltan quienes no quieren reconocerlo y llegan hasta rechazar o poner en tela de juicio la existencia personal de Dios, y estos son los ateos, los materialistas, los positivistas, los agnósticos, etc.

En mi libro «LOS GRANDES INTERROGAN-

TES DE LA RELIGION», tengo demostrado que el hecho religioso es *un hecho universal* porque abarca a todos los pueblos y a todos los tiempos, pues no hay pueblo ni tribu sin cultura que no haya admitido la existencia de un poder o ser transcendente, Ser Supremo, al que llamamos Dios, y con el cual el hombre debe vivir en estrecha relación para vivir rectamente.

Dios se nos manifiesta a través de las cosas creadas, pues El es el único ser necesario, eterno y creador de cuanto existe, y especialmente se nos manifiesta en la Biblia, el libro de la revelación divina.

Este mundo sólo tiene explicación porque existe Dios, pues la existencia de las cosas no tienen razón de ser en sí mismas, sino que todo lo creado nos remite al mismo Dios Creador.

La creencia en un solo Dios existe desde que existió el primer hombre. Sólo los defensores de la teoría marxista, llevados por los prejuicios propios, sin duda de su ateismo, y sin aducir prueba alguna, dijeron que la religión había aparecido en una época más tardía.

Como dijo Balmes: «El origen de las religiones se pierde en la noche de los tiempos; allí donde hay hombres, allí hay sacerdotes, altar y culto.

«La humanidad entera se ha ocupado y se está ocupando de la religión; los legisladores la han mirado como el objeto de la más importancia, los sabios la han tomado por materia de sus más profundas meditaciones; los monumentos, los códigos, los escritos de las épocas que nos han precedido nos muestran de bulto este hecho que la

experiencia cuida de confirmar; se ha discurrido y disputado inmensamente sobre la religión; las bibliotecas están atestadas de obras relativas a ella, y hasta en nuestros días la Prensa va dando obras a luz en número muy crecido.

»Yo sostengo, sigue diciendo el citado filósofo, que con la historia en la mano se puede demostrar que en todos los tiempos y países los hombres más eminentes han sido religiosos... La religión es la única áncora de salvación para el hombre y para la sociedad; y quien haya visto una revolución y no haya sacado esta consecuencia, es ciego.»

La religión es el lazo que une al hombre con Dios, y porque existe Dios Creador y existe el hombre hechura suya, a El debemos todos adorarle y darle culto, y ¿por qué hay hombres que reniegan de Dios? ¿De dónde nace esta aberración? ¿De dónde trae origen el ateismo?

De hecho hay ateos que niegan a Dios no con palabras, sino con obras, pues viven como si Dios no existiera. Quizá sientan a veces el escozor del desorden moral, el remordimiento del alma no del todo adormecida, el miedo de lo invisible; pero prácticamente niegan a Dios, y ésta es una gran desdicha. Quizá la voluntad depravada quiera acallar la voz de la conciencia, oscurecer la región del entendimiento, cerrarle la visión de Dios, del Dios justiciero; y así pasen algunos ateos prácticos a erigir en tesis su mala conducta, y formulen una tesis contraria a la existencia de Dios.

Séneca dijo: «Mienten los que dicen que no creen en Dios; pues, aunque te lo afirmen repe-

tidas veces de día, de noche, cuando están solos, dudan».

De *Balmes* son estas palabras: «Preciso es no olvidar que el hombre, cuando obedece a sus pasiones, es capaz de los mayores extravíos... ¿Puede haber castigo más formidable que el retirarse Dios del entendimiento del hombre y dejarle caer en la horrible creencia de que Dios no existe?»

Sin Dios no hay dique para las pasiones humanas, no hay más que abominación. El ateismo nace de la perversión y endurecimiento del corazón. Los hombres depravados, los que se dejan arrastrar por los instintos del apetito desordenado y de toda clase de vicios y pasiones, terminan perdiendo la fe y son instrumentos diabólicos del crimen y de los mayores desórdenes.

De esta clase de hombres nacen los corifeos del ateismo organizado, el cual se cultivó a raíz de la revolución de Moscú.

Un ejemplo práctico: Cuando un grupo de anarquistas fue al palacio episcopal de *Vich* para destruirlo, contaron a un sacerdote (que por estar vestido de seglar fue tomado por un criado), que habían recibido orden de matar a todos los obispos, sacerdotes y religiosos que encontrasen. Dijéronle también que seguían un plan muy bien premeditado y aprendido en Rusia.

«En Rusia, dijeron, se nos ha enseñado a odiar a Cristo; le hemos declarado una guerra sin cuartel; no te maravilles, pues, si no respetamos las cruces que encontramos a nuestro paso. Queremos que también odies a Cristo, y para darnos una prueba de ello di "muera Cristo".» «No, no puedo hacer eso.» «Nuestro ideal, replicaron ellos,

es acabar con la religión, que es opuesta a la libertad humana; con este fin trabajamos en todos los países del mundo; nos cuesta llegar a España, porque ella es fiel al Papa, pero también acabaremos por desembarazarlos de él»...

¡Hasta dónde llega la aberración de estos hombres y su ceguera espiritual que confunden la libertad con el libertinaje por haber empezado a caer en la indiferencia, en la incredulidad y en la impiedad! (Véase mi libro «*Florilegio de Mártires*». España 1936-1939.)

¿Por qué los hombres se revelarán contra Dios y contra su santa Ley, si no puede ser ignorado? Sólo los vicios y la ceguera espiritual puede ser la causa, pues como dijo *Séneca:* «Mucha fe nos merece la creencia de todos los hombres, y, entre nosotros, es prueba de verdad que una cosa parezca tal a todos. Así deducimos que existe Dios... porque todos tienen conocimiento de El. Ni hay pueblo tan fuera de ley y policía que no crea en algún Dios».

¿Cómo se explica que haya hombres criminales, terroristas que a sangre fría maten a otros hombres, hermanos suyos, ya que todos son hechura de Dios? No es posible explicar que, siendo Dios dueño de la vida de los hombres, atenten contra ella, a no ser hombres empecatados y obcecados por el vicio. ¿Podrá un terrorista negar la existencia de Dios? Yo no lo creo.

Cicerón dijo: «La cuestión de si existe un Dios, no necesita, a lo menos en mi sentir, ninguna aclaración. Porque ¿qué puede haber tan manifiesto y claro como la verdad de que debe haber un ser muy sabio e inteligente que todo lo rige?

Si alguno me dice que él no lo comprende, yo creeré con la misma facilidad que él duda hasta de la existencia del sol. Si la fe en Dios no estuviese tan profundamente metida en nuestro espíritu, no se habría conservado durante tantos siglos y generaciones». (De nat. de or. 2, 2.)

La ignorancia religiosa

Esta ignorancia es la causa principal de todos los desórdenes sociales que presenciamos: «desmoronamiento familiar, delincuencia juvenil, robos, crímenes, secuestros... Ya lo dijo Pío XII: «De entre todos los males que aquejan a la sociedad presente, ninguno más grave ni más profundo como el de la ignorancia religiosa», y esta ignorancia es la que ha motivado la indiferencia religiosa y la falta de fe de que adolece el hombre moderno.

No hay duda que la pérdida de la fe es un gran mal. Ya hemos dicho que hay ateos prácticos; pero más que ateos, tenemos que decir que hay *ignorantes* en religión, ignorantes que no se han preocupado en estudiarla, hombres que embebidos en las cosas de la tierra se llaman «materialistas» porque el oro y la plata es la materia que aprisiona su corazón. Su lema es enriquecerse y gozar, y de aquí que muchos vivan como si Dios no existiera. «*Dijo el necio en su corazón* (no en su inteligencia): *no hay Dios*» (Sal. 14, 1). «*Vanos son por naturaleza todos hombres que carecen del conocimiento de Dios*» (Sad. 13, 1).

Es cosa rara que haya hombres que por con-

vicción nieguen la existencia de Dios, por ser esto contrario a la razón y a la naturaleza. No hay hombres verdaderamente sabios que nieguen a Dios y menos los castos y justos. Sólo los libertinos, los ladrones, los que tienen la conciencia manchada de crímenes, quisieran que Dios no existiera por temor a ser castigados.

La causa principal del ateismo, como del terrorismo reinante, no hay duda que es la ignorancia religiosa, la falta de fe y del conocimiento de Dios. El profeta Oseas ante la infidelidad de su pueblo, con celo encendido y con amor lleno de dolor para con él, al ser llamado por Dios para anunciarle los peligros que le amenazaban, le dice: *La maldición y la blasfemia, la mentira, el homicidio, el robo, el adulterio «lo han inundado todo y una maldad alcanza a otra». ¿Por qué? Porque Israel ha prevaricado, no ha cumplido la ley del Señor, ha pecado contra El; en todo el país «no hay conocimiento de Dios».*

Esta es una acusación muy grave, que se puede aplicar a nuestros días, pues donde no hay conocimiento de Dios, no hay fe, y donde no hay fe, no hay moral, y donde no hay moral se derrumba la sociedad.

La ignorancia en materia religiosa es la causa de la incredulidad, del odio y del crimen. De aquí que los gobiernos indiferentes en materia religiosa y que no hacen lo posible porque ésta se dé en todos los colegios sin excepción, vengan a ser los primeros causantes de los desórdenes en la sociedad.

La mala educación

Otra de las causas de los grandes males existentes es la falta de educación y sobre todo la mala educación. Como la verdadera y buena educación debe ser integral, no cabe la menor duda de que ésta debe extenderse principalmente a la enseñanza en materia religiosa por ser la base más firme para que reine en la sociedad el orden y la paz.

Si la religión que enseña: «no matar, no robar, no hacer a otros lo que no quieras para ti, respetar a la autoridad, etc.», se descuida o se prescinde de ella, ¿a quién puede extrañar el que surjan hombres pervertidos que fomenten el robo, el crimen y toda clase de desórdenes sociales?

El estudio y práctica del Decálogo, de que hablamos al principio, será siempre el fundamento del orden y de la prosperidad de una nación.

Refiere el P. A. Koch, S. I. que un catequista en una escuela de Viena invitó al hijo de un socialdemócrata a recitar el Decálogo. El muchacho le contestó: «No sé los diez mandamientos; mi padre me dijo que no había necesidad de que los aprendiera». Después de unos días el muchacho hurtó a su padre una suma crecida de dinero. Los compañeros del padre, que conocían la respuesta del muchacho, no pudieron menos de observar: «Quizá habría sido conveniente que tu hijo hubiese conocido por lo menos el séptimo mandamiento».

La educación, pues, completa y perfecta ha de

ser cristiana, pues «no puede existir educación verdadera que no esté totalmente ordenada al fin último para el que el hombre ha sido creado» (Pío XI).

Para hacer un mundo feliz

En el mundo podría reinar la felicidad si los hombres no se alejasen de Dios. Pío XII en una alocución (15-2-1940) que dirigió a una misión militar argentina, entre otras cosas habló también de la lejanía de Dios que padece nuestra época. Este alejamiento de Dios es el fundamento de los males que afligen a la humanidad. Donde quiera que él prende, es como un incendio que todo lo devasta; no solamente seca las almas y las despoja de su eterna dicha, sino que además llega hasta destruir la seguridad, el sosiego y el orden en la vida pública de los Estados.

«Los hombres están tan ocupados en sus mezquinos intereses, que poco a poco le van olvidando. Dios para ellos es *una cosa* de segunda categoría. Cuanto más se destierre a Dios de la sociedad habrá más miseria. Si al pobre le quitan la idea de Dios, ya no le queda nada, su desesperación es justificable, su odio a los ricos es natural, su deseo de revolución y anarquía es lógico» (Hno. Rafael Cist.).

Para hacer, pues, un mundo feliz, no hay que apartar de él la idea de Dios. ¿Qué es este mundo sin Dios? San Agustín pregunta: «¿Qué es el mundo?», y él nos da esta respuesta: «El mundo en el mal sentido de la palabra, quiere decir los ama-

dores del mundo; el mundo, en sentido bueno quiere decir el cielo y la tierra y todas las obras de Dios que en ellos se contienen».

En las páginas de la Escritura Santa encontramos también dos mundos: el *mundo bueno*, el que «*fue hecho por El*» (Jn. 1, 10), y «*vio Dios que todas las cosas que había hecho, eran en gran manera buenas*» (Gén. 1, 31). Además nos dice: «*El es propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo*» (Jn. 2, 2), lo que comenta San Agustín diciendo: «Por mundo entiende aquí todos los fieles esparcidos por el orbe».

El mundo malo no sólo está erizado de peligros, en el que se juntan y coaligan toda clase de concupiscencias, sino que es un mundo positivamente corrompido, son los hombres malos y perversos, de los cuales debemos preservarnos. En él se comete el mal descaradamente con publicidad notoria hasta el escándalo o los escándalos que merecieron la maldición lanzada por Jesús y que podemos leer en su Evangelio: «*¡Ay del mundo por razón de los escándalos...! ¡ay de aquel hombre que causa el escándalo!*» (Mt. 18, 7).

El evangelista San Juan nos dice: «*Todo lo que hay en el mundo (y que procede del mundo) es: concupiescencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida*» (1 Jn. 2, 16). Todas estas concupiscencias forman una extensa sed de atractivos y peligros:

— *La concupiscencia de la carne* se extiende a todos los sentidos, al vasto campo en que el contacto de un bien sensible causa placer o bienestar a nuestro cuerpo. El mundo tiene abundancia de

medios para atraer la concupiscencia de la carne: campos de deporte, piscinas de natación, bailes, playas, museos, palacios magníficos, paseos, parques, música, teatros, cine, televisión, medios de locomoción, comodidades, vida grata, sembrada de obscenidades y placeres refinados...

— *La concupiscencia de los ojos* mira al mundo exterior, ve bienes sensibles con los cuales puede satisfacer sus necesidades, deseos, caprichos y vicios. Aman la riqueza, no sólo los potentados, sino también los que viven en la miseria. Con ensueños de holgura, de lujo, de libertad o libertinaje se mueven las grandes masas. El mundo hace alarde de la riqueza...

— *La soberbia de la vida*, se muestra en el profundo afán de subir más alto de lo que nos corresponde, de ser aplaudidos más o menos ruidosamente, de tener un trono de gloria en la ciudad, en la aldea, en el círculo de nuestras amistades. El mundo ofrece caminos a la ambición y la fomenta de mil maneras: levantando monumentos, celebrando banquetes, poniendo en las nubes actrices, bailarinas, reinas de la hermosura, campeones de proezas extravagantes...

Estas concupiscencias, y que tanto el mundo fomenta en nuestros días a través de la prensa, radio y televisión y con las que se va corrompiendo la juventud, no pueden hacer felices a los hombres, porque son peligrosas, ya que a través de ellas brotan los pecados y vicios capitales que las encaminan hacia el mal, y además son inestables, falaces y efímeras. San Juan lo dice así: *«El mundo pasa y sus concupiscencias», y sólo el que vive cristianamente, el que hace la voluntad*

de Dios, el cumplidor de sus mandamientos, permanece para siempre (1 Jn. 2, 17).

El «Titanic», gran trasatlántico inglés al hacer su primera travesía dirigiéndose a Nueva York, y destruido por un témpano de hielo, ofrecía a los pasajeros toda clase de comodidades y todos los placeres de que suele alardear el mundo: Piscina, pista de patinaje, salón de fiestas, teatro, café-jardín... Nada faltaba allí, ni siquiera el orgullo. Se pregonaba que el buque era indestructible (y se ha dicho que en él había un letrero blasfemo: «Ni Dios lo hunde»), y se hundió, pereciendo más de 1.500 personas...

«Así pasan las glorias del mundo». Los amadores del mundo *siguen* el espíritu del mundo, animado por Satanás. El apóstol Santiago nos dice que si queremos seguir la religión pura y sin mancha, debemos preservarnos de la corrupción de este siglo (1, 27), es decir, debemos luchar contra el mundo. No debemos atacar la obra de Dios que hay en el mundo, no hay que luchar contra el mundo bueno, sino contra el malo. Lo que éste tiene de fundamentalmente perverso es el espíritu, enemigo irreconciliable de Dios, de Cristo y de nosotros.

El espíritu del mundo centra su interés en los bienes de la tierra, no espera en el más allá. La doctrina marxista pone su paraíso en la tierra, y si sólo predica la felicidad en esta vida presente que es tan breve, ¿para qué trabajan y acaparan tantos bienes terrenos, si los han de dejar pronto con la muerte? El mundo, o sea, el compuesto por los hombres malos y perversos, es enemigo de Cristo, y ya nos lo dijo El: «*Si fuerais del mun-*

do, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo..., por eso el mundo os aborrece» (Jn. 15, 19).

Los hombres podrían ser felices no apartándose de los mandamientos de Dios, pero como siguen las máximas del mundo con toda clase de vicios y pecados, y Dios aborrece el mal, por eso El avisó antiguamente a su pueblo por medio de los profetas, y actualmente avisa a todos por medio de su Iglesia.

El mundo antiguo fue castigado con el diluvio porque la tierra estaba toda corrompida, y otro día castigó con otro diluvio de fuego a Sodoma y Gomorra por sus muchos pecados de impureza que clamaban venganza al cielo. ¿No estará ahora cerca de nosotros un nuevo castigo parecido por vivir alejados de Dios y entregados a toda clase de pecados como ellos?

En nosotros está el evitarlo, yendo por el camino que Dios nos tiene señalado para lograr la felicidad temporal y eterna.

Conclusión

Todos sabemos que las máximas del mundo son opuestas a las del Evangelio, y la conclusión de todo lo dicho es que sabiendo que dichas máximas son las que nos llevan por el camino ancho de la perdición, y que los mandamientos de Dios son los que nos conducen por la senda estrecha, que puede salvarnos, justo es que sigamos éstos y nos apartemos de los males anteriormente descritos.

Además, bien estaría que, aparte de los remedios ya señalados para salvar el mundo actual, todos y cada uno en particular tuviéramos presente los siguientes medios penitenciales y eficaces (los cuales enumero solamente sin explanar, porque todos fácilmente los comprenden):

I. Condenar nuestras propias culpas y ser exactos cumplidores del deber.
II. Amar a nuestros prójimos no con solas palabras, sino con obras.
III. Partir nuestro pan con el necesitado...
IV. Orar ferviente y cuidadosamente..., añadiendo a la oración el sacrificio.
V. Hacer penitencias saludables valorándolas a la luz del Evangelio, el cual debe ser conocido y practicado por todos.

En consecuencia, diremos con la Escritura Santa: «El resumen de lo dicho es éste: *Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque eso es el hombre todo*» (Ecl. 12, 13). Este es su fin, para esto fue creado, y del cumplimiento de estos mandamientos depende precisamente, como tenemos indicado, la felicidad temporal y eterna, según el dicho de Jesucristo (Mt. 19, 17). (Véase mi libro: LA BUENA NOTICIA.)

INDICE

Primera parte

Los pecados capitales, raíces de todos los males 4
Causas de todos los desórdenes sociales . . 4
El orgullo o soberbia; la avaricia; la lujuria o impureza; la ira; la gula; la envidia y la pereza 5
Lacras que deben desterrarse de la sociedad: la blasfemia, el odio 13
Otras lacras de la sociedad 15
El camino del bien y del mal 17

Segunda parte

¿Cómo combatir los desórdenes sociales? . 19
El código perenne del progreso 19
No matar, no robarás... 20
La enseñanza de la religión 22
¿Quiénes niegan la necesidad de la religión? 25
La ignorancia religiosa 30
La mala educación 32
Para hacer un mundo feliz 33